

Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Instantáneas.

(Eduardo Sáenz-Hermúa, *Mecachis*.)



—Gracia, inventiva, vigor,
dominio pleno del arte...
y además, que es lo mejor,
me he vuelto trabajador
de poco tiempo á esta parte.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—El poder de lo imposible, por Luis de Ansorena.—Palique, por Clarín.—La cuestión batallón, por Sinesio Delgado.—Menudencias, por Francisco de la Peña.—De un periodista, por Eduardo de Palacio.—Quisicozas, por Juan Pérez Zúñiga.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Instantáneas: Eduardo Sáenz-Hermida (*Mexachis*).—La tentación.—Mescolanza (cuatro viñetas).—El genio.—Los chicos finos, por Cilla.



DE TODO UN POCO

Se han suspendido por unos días los escándalos en la alta Cámara.

Después de los tristes sucesos que hemos lamentado todos cuantos rendimos culto á los prestigios de la Representación nacional, las cosas parlamentarias han adquirido de nuevo la majestad

que antes tenían, y los senadores vuelven á dormir dulcemente en los escaños, envueltos en su suprema importancia.

No era nada tranquilizador lo que ocurría en el «augusto recinto ó templo de las leyes»—que con ambos rótulos es conocido el palacio de D.^a María de Molina.

En muchos lugares había penetrado el demonio de la duda, y las senadoras vivían azoradas, temiendo que sufriera menoscabo la integridad física de sus esposos.

—¡Dios mío!—exclamaba una senadora dirigiéndose á su hija.—¿Qué será de tu padre en estos momentos?

—No te apures, mamá—contestaba la chica.—Ya sabes que él es muy pacífico.

—Pero nadie está libre de que le den un golpe. Además, tu padre no se puede contener cuando oye hablar mal de Silveira, y temo que le falten de obra, á pesar de su condición de vitalicio.

Doña Macrina, que está casada en segundas nupcias con un senador electivo y ama á éste con frenesí, ha pasado días crueles desde que supo lo de la algarada, y todas las tardes decía á la doméstica:

—Nicanora, ponte el mantón y vete á la alta Cámara á saber si le ha pasado algo al señor.

La criada se dirigía al Senado y decía al primer portero que encontraba en el vestíbulo:

—Buenas tardes.

—Muy buenas las tenga usted.

—¿Está el señor?

—¿Qué señor?

—El mío.

—¿Cómo se llama?

—Don Simpliciano Recojo.

—Si, está en sesión.

—Pues vengo de parte de su señora á saber si le han pegado.

—Dígale usted que todavía no; los palos empiezan á eso de las cinco y media.

—Vaya, pues usted dispense.

—No hay de qué.

Siempre es bueno que haya de cuando en cuando noticias de sensación, pues así no tenemos que pensar en nuestras desgracias propias. Vuelta la paz al Senado, la gente se aleja de allí para dirigirse á la Exposición de pinturas, donde también experimenta una emoción.

Con tender la vista por aquellas salas, se puede pasar de la alegría á la amargura y viceversa, y estas emociones encontradas

distraen el ánimo y lo alejan de otras preocupaciones mucho más íntimas.

Hay en la Exposición cuadros que parten los corazones: chicas tínicas que están dando las boqueadas, padres de familia menesterosos que se van á suicidar con un sable, niños hidrocefalos, costureras sin trabajo y sin formas femeninas, malhechores sin pizca de temor de Dios ni de dibujo y casas que se derrumban, lagos que se desbordan, buques que hacen agua y melocotones que parecen cabezas de beduinos recién separadas del tronco.

Al lado de estos horrores aparecen las costumbres plácidas de la aldea: un gallo, con cara de persona se dedica á comer repollo de bajo de un árbol color de canela; una joven rodeada de flores, más ó menos lozanas, oye ruborosa las frases de amor que desliza en su oído un mancebo: este mancebo, que se asemeja á un miliciano nacional veterano á juzgar por los bigotes, tiene en la diestra un ramo de siemprevivas, ó una escoba, pues á ambas cosas se parece lo que en la mano ostenta.

Hay otros muchos cuadros campestres de una ternura infinita, que conmueven al espectador y le hacen aborrecer la naturaleza con todas sus galas y sus aves de corral.

Las señoritas han aportado también á la Exposición su importante contingente artístico.

Flores, frutas, paisajes nevados y otras bellezas pictóricas han salido del hábil pincel de Mariquita Esparadrado y Josefita Gorgollín y Milagritos Vientrefresco; pero lo más interesante de la Exposición femenina es un plato pintado, del que hubiera dicho mi querido compañero Eduardo de Palacio que, en vez de pintarlo, valiera más que su autora lo fregara.

Entre los libros recientemente publicados figura uno muy notable. Titúlase *Académicos en cuadrilla*, escrito por el Bachiller Estepa, y es muy digno de los elogios que le ha tributado la crítica.

No se suele emplear en la mayoría de las obras literarias lenguaje más castizo ni observación más fina que los empleados en el libro de referencia por el cultísimo Bachiller.

Le felicito cordialmente y me retiro satisfecho por el foro.

Luis Taboada.

EL PODER DE LO IMPOSIBLE

I

Quiso una vez Satán tentar á un santo virgen de todo mundanal deseo, que haía á la mujer con el espanto que causa un bicho repugnante y feo; y, hecho mujer y dando por vencidos los sublimes arranques de aquel hombre, fuése hacia él con los brazos extendidos ofreciendo en su amor dichas sin nombre. Y, á fin de derribar el fuerte escudo de un pensamiento para el mal cerrado, mostróle el cuerpo encantador desnudo, grato el placer y fácil el pecado... ¡Error!... De su entereza el penitente dió, apartando la vista, testimonio... y aquella vez, al menos, el demonio, por confiado, resultó inocente.

II

Pero, terco Satán en su porfía, volvió otra vez con ímpetu mayores, no como hermosa que brindaba amores, como belleza desdeñosa y fría que, envuelta entre blanquísimos cendales, dejaba sólo adivinar al justo sus formas de mujer esculturales, y en la mirada seria y gesto adusto, rígidos brazos y actitud altiva el vencedor de marra, disgustado, leyó la más solemne negativa á todo afán con visos de pecado. Luego el demonio, con desdén horrible, dando ya la victoria por ganada, «¡Soy—dijo al penitente—un imposible, no me conmueve ni sujeta nada! Me viste... y sigo mi triunfal carrera... ¡Quédate en paz con tu conciencia pura!... Y el santo dijo, enloquecido: «¡Espera!... ¡Me vendes por el alma tu hermosura?»

Luis de Ansorena.

La tentación.



—¡Recontral! ¡Luego dicen que sois orgullosas las madrileñas! Tú eres la primera que me ha llamao hermoso.

PALIQUE

Con ocasión de las últimas elecciones municipales se ha demostrado una vez más el buen humor nacional; y hemos derrochado torrentes de ingenio satírico. Hasta en los más recónditos rincones de la Península, si contaban con un periodiquito, se ha lucido la vena humorística, á costa de la sinceridad electoral y de la santidad del voto libre del pueblo soberano.

Hemos probado los españoles la más absoluta acatalepsia en materia de filosofía política; hemos dejado tamañitos á todos los escépticos de Grecia y del Renacimiento; y lo que es engañar, no se nos engaña.

Podremos ser un pueblo esclavo con apariencias de libre; pero, á lo menos, estamos al cabo de la calle.

Veán ustedes con qué unanimidad nos reimos de las elecciones, y con qué pachorra, siempre satírica, dejamos que vote el Gobierno por nosotros.

El Gobierno, que también es listo, al fin español, sabe que no nos engaña, sabe que sabemos que se burla de nosotros; y también está muy gracioso insistiendo en burlarse, á pesar de que sabe que no nos mamamos el dedo.

Esta es la ventaja de que todos seamos tan listos: que nadie engaña á nadie.

No faltará quien piense que sería menos malo para nuestra dignidad que la causa de nuestra apatía ante la eterna farsa electoral fuese la ignorancia, el estado de inocencia; porque así, podría creerse que, si no nos levantábamos contra el incalificable despojo perpetuo de nuestro derecho de sufragio, era porque no sabíamos de tal despojo...

¡Zas!

* *

—¿Qué es eso?

—Nada, que el telégrafo, es decir, Mencheta, con su terrible gramática eléctrica, digo, *laconismo*, acaba de anunciarnos á los provincianos que el insigne civilista Sr. Comas acaba de recibir del Gobierno...

—¿Alguna condecoración?

—No; una bofetada...

—¡Bah! ¡bah! ¡bah!—dirán ustedes los madrileños. ¿Quién se acuerda ya de eso?...

Hijos, en provincias empieza ahora á repercutir el beso dado en Cantón, que dijo Campoamor, ó sea la bofetada... impulsiva del duque de Tetuán (de Tetuán había de ser).

Á la hora en que esto se publique ya sé yo que el Gobierno de S. M. habrá pegado por ahí otra porción de morradas que habrán eclipsado el *ex-ah, brutal* del ministerio de Negocios Extranjeros y Cachetes Nacionales, y que nadie hablará ya de si debe ó no debe dimitir el duque, que debía, esto de fijo, usar freno automático como las locomotoras. Pero sea de última moda ó no el modo de acabar con las beligerancias que tiene el duque de... *Puñoenroscro* (bis), la verdad es que el asunto es grave; como también lo era lo de la dictadura de Polavieja, Boulanger *malgré lui* (por no traducir á *palus*); y lo era aunque la resonancia del bofetón de marras haya apagado los últimos ecos del entusiasmo dominico-cesarista.

Porque reparen ustedes que el día antes de la bofetada parecía que el Océano había sido el Rubicón de Polavieja (chico en grande); y el día siguiente del cachete Polavieja era tan César como Boulanger cuatro años después de enterrado.

Lo que hay es que aquí, el que más y el que menos, si no es duque, de Tetuán sí es; todos somos impresionables, impulsivos...

Y eso que el duque no parecía latino, según Cánovas.

Parecerá berebera. Casi todos los españoles parecen bereberes; y no lo digo por mal, á lo menos por mal exclusivamente.

Todo esto es... sangre torera.

No nos explicamos á un Cavour, á un conde de Beust, v. gr., infándole un carrillo de un metido á Savigny, v. gr., ó á Filangieri. El mismo don Alfonso el Sabio,

emperador de Alemania que fue,

daba mejor trato á los *hombres de clerencia* que le hacían *Las Partidas*. Pero bajo Alfonso XIII el Gobierno paternal de Cánovas premia á nuestros notables juriscónsultos, que ilustran el derecho civil nacional, poniéndoles la cara como un tomate por conducto del ministro de Estado.

Ya sé, ya sé que la cuestión personal se arregló, y me alegro.

Pero ¿dejará de ser esto la casa de Tócame Roque?

También se habrá arreglado á estas horas la cuestión política.

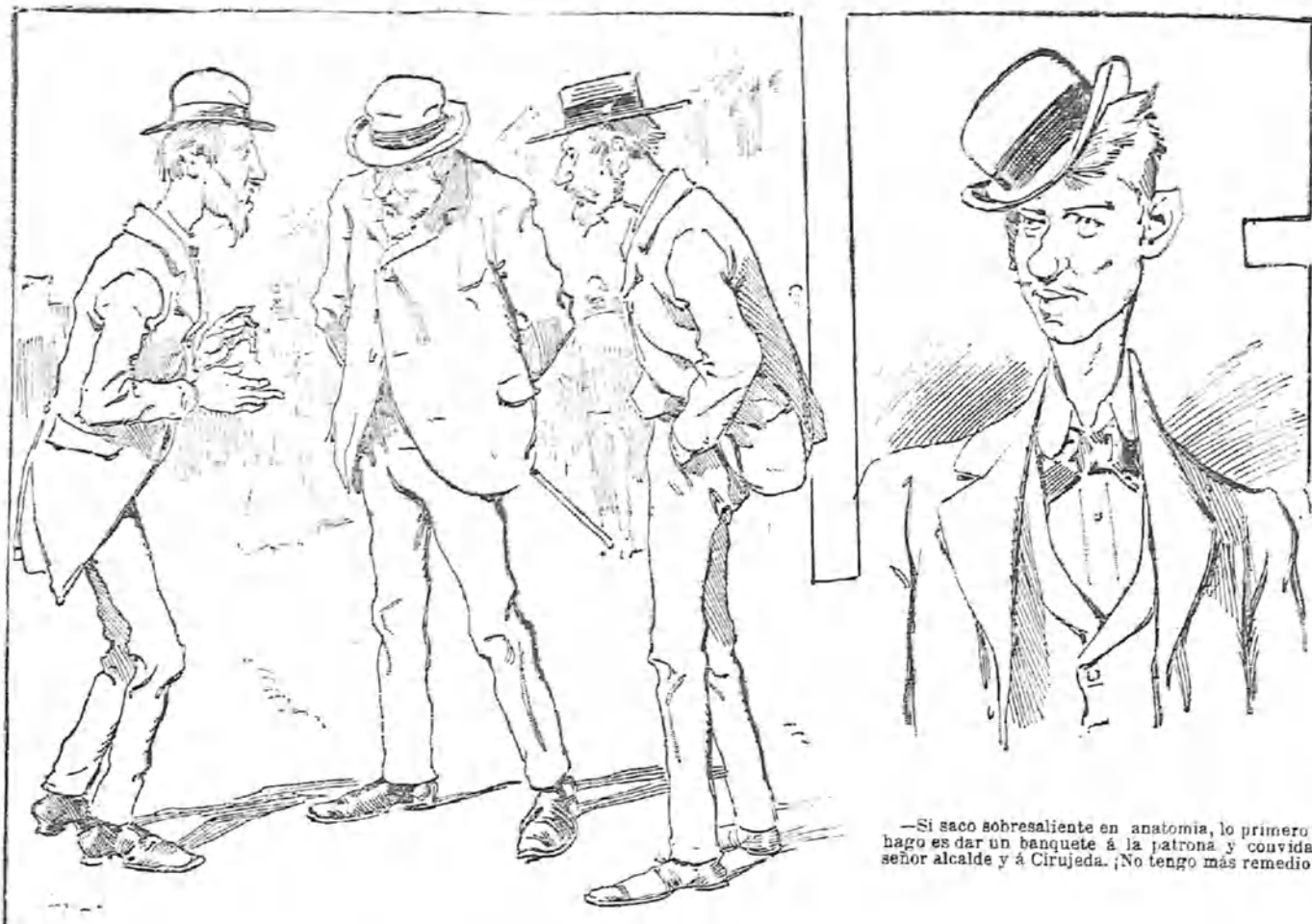
Todo, todo se arreglará, porque Comas es *civilista*; pero ¿á que no se arreglaba si hubiera sido un generalote?

Que le pegue Tetuán á un obispo...

¡María Santísima!...

Elasín.

MESCOLANZA



—Si saco sobresaliente en anatomía, lo primero que hago es dar un banquete á la patrona y convidar al señor alcalde y á Cirujeda. ¡No tengo más remedio!

—Yo creo que el Gobierno podría salir de apuros muy fácilmente. Llámándonos á nosotros, que le haríamos una oposición energética por un duro diario.



—Se lidiarán seis toros de la ganadería de... ¡Si, sí! ¡Seis babosas! Los toros los guardarán para el verano, para soltárselos á las cristuras.

—Pues señor, los enamorados se parecen á los picadores de ahora. Ponén las varas de reñión y ya creen que han cumplido.

LA CUESTIÓN BATALLONA

Es España la clásica manola
perseguida de osados pretendientes,
que se defiende y se *bandea* sola,
sin padres ni tutores ni parientes.
Indomable y bravia,
batalladora y fiera,
de excesiva humildad cuando confía,
de terrible poder si se exaspera,
se deja dominar del que la engaña;
pero, si llega á adivinar los lazos,
las cadenas de hierro hace pedazos
y destroza al traidor. Así es España.
Muchas veces, dormida
por el influjo de la sangre mora,
gasta y consume en la inacción su vida;
parece débil, sin vigor, vencida...
y un ambicioso audaz se dice:—¡Ahora!
Mas cuando ella se entera del ultraje,
temblando de coraje
sacude de repente la pereza
y con una guantada y dos sopapos
se burla de matones y de guapos
y vuelve á alzar altiva la cabeza.
Si tocan á luchar, se compromete
á no dejar de ser reina y señora,
aunque tenga por trono un taburete,
por armas un cuchillo de Albacete,
por escuadra una lancha pescadora...
Muchos, hoy poderosos, son testigos
de que, si atacan á su honor, no piensa
ni en sus débiles medios de defensa,
ni en pararse á contar los enemigos...
Con mimos, con halagos traicioneros,
se la engaña tal vez y se la roba,
porque suele tener por consejeros
gente sencilla, sin alcances, boba.
Pero querer vencerla frente á frente
siempre tendrá el pequeño inconveniente
de que puede encontrarse el que se atreva
contra tal enemiga
con que parece desarmada... ¡y lleva
la navaja en la liga!

Sinciso Delgado.

*

Menudencias.

¿Conque desde que nace hasta que muere
tiene el hombre deberes y derechos?
De grado cedería los segundos
con tal de no cumplir con los primeros.

Llamaste mi atención por tu belleza,
me enamoré de ti porque eras pura,
y ahora que estás manchada de impureza
á tus pies me encadena tu hermosura.

Francisco de la Peña.

El genio.



—¡Siempre llego cuando se ha cerrado el plazo de admisión! ¡Intrigas de Sorolla!

De un periodista.

Pero no de un periodista de esos procedentes de saldo ó de liquidación, que se trata de Ricardo Fuente, literato con instrucción como para «sombrear» á muchos del ramo, con ingenio verdadero y modestia en demasía, y de su libro publicado no ha mucho y titulado con tal humildad.

De un periodista son los artículos que constituyen el tomo. Joaquín Dicenta ha echado prólogo al libro de Fuente, lo cual es abuso manifiesto.

Un delincuente, defendido por un personaje importante en el país, lleva ganada parte de la batalla.

El defensor subyuga al tribunal y se impone moralmente.

El ejemplo es exacto: á Ricardo Fuente, que es el defendido, puede tacharse de honrado, leal y caballero.

Estas condiciones no sé si son atenuantes ó agravantes.

Pero el autor del libro mencionado no es inocente, ni mucho menos.

Tal vez lo sea en política, porque todavía conserva sus ideales, y cree, aunque nada espere.

Dicenta, en cuatro líneas, apunta la semblanza de Ricardo Fuente con ese desenfadado y esa nerviosidad y ese sprit que son propios de Joaquín.

Por cierto que en uno de los artículos publicados en su libro cuenta Fuente cómo ocurrió y qué inspiró á Dicenta su *Juan José*.

Los bocetos de Augusto de Armas, Gil Parrado, Valle Inclán y Alfredo Calderón, trazados con soltura y viveza, revelan que Ricardo Fuente es, al par que cariñoso y leal amigo y compañero, un periodista y un literato, pero de los que no abundan en nuestro país.

En sus artículos políticos descubre su «fe virginal» en los principios y cierta amargura al bajar la vista para mirar á los hombres. Ha luchado y vencerá.

Esto suponiendo que, á carrera larga, los méritos sobresalen. Ha vivido en París... «ha vivido» materialmente.

También ha vivido en una celda de la Cárcel Modelo de Madrid, por causa política delitos del oficio.

Pero nada le arredra ni tuerce su voluntad.

Rebosa ingenio y gracejo el artículo titulado *Desde la celda F* y dedicado «A los que están libres».

En él dice Ricardo Fuente, entre otras cosas:

«He cenado espléndidamente; envuelve mi cuerpo el agradable calor de las digestiones felices; perezosamente tumbado en el sillón

Voltaire, con que la administración adorna las celdas de políticos, fumo un delicioso cigarro habano en tanto que mi cafetera rusa humea para regalarme con una taza de buen café.

»¡Estar presos como nosotros lo estamos es punto menos que vivir en Jauja!

»Como bien, bebo mejor, duermo lo que me place; gracias al amor infinito de los míos y á la bondad inagotable de los amigos, está mi celda convertida en el *boudoir* de una dama, y nada me falta.

»Mis compañeros de cárcel me dijeron esta tarde que escribiera un artículo *tremebundo* y siento en el alma no poder complacerlos. Repito á ustedes que no puedo indignarme.»

El mismo autor apunta el verdadero motivo de la satisfacción con que vive en la celda F:

«La juventud encuentra, hasta en la Cárcel Modelo, motivos de alegría y diversión.»

La juventud: ella es la verdadera alegría, el origen de felicidades y esperanzas amplísimas.

De la juventud es el triunfo al presente y será el porvenir.

Ala juventud debe abrirse paso y coadyuvar á su obra regeneradora.

Pero cuando la juventud está representada por Ricardo Fuentes, Valle Inclán, Moreno, Dicenta, Benavente, Palomero, Manolo Paso, y algún otro.

Porque también hay jóvenes—como viejos—que merecen palos. Fetos encanijados, por abusos literarios.

Eduardo de Palacios.

★

LOS CHICOS FINOS



—No se puede tener tantas relaciones. Llevo cerca de un cuarto de hora con el sombrero en la mano y no cesan de pasar conocidos... ¡A ver si se con- funde algún guardia y me echa el agua creyendo que pido limosna!

Quisicosas.

I

¡Qué estúpida!

De la plaza de Pontejos sacaron muerto á Juan Llanos, uno de los veteranos de la milicia más viejos. Lo vió desde un corredor mi portera Sisebuta y me dijo la muy bruta: —¡Qué entierro he visto, señor! Iban con aire marcial detrás del cortejo, á pie, los veterinarios de la milicia nacional.

II

Cuestión de grados.

—¡Qué tal, doña Beatriz!
—Buena, gracias. —¿Y García?
—Ha tenido alferecía y hoy se encuentra el infeliz (que á la sordera es propenso) tan teniente que da pena.
—Pues dale mi enhorabuena.
—¡Yo, por qué?
—Por el ascenso.

III

Imaginación singular.

Vió Encarnación en el Prado con traje negro vestido un niño muy parecido á su Canuto adorado. Al ver de negro al mocoso (¡lo que es la imaginación!) palideció Encarnación y así le dijo á su esposo: —¡Qué susto! ¡Pues no creí que ése era nuestro Canuto,

que el pobre llevaba luto y lo llevaba por mí!

IV

En la Exposición de Pinturas.

El buen Procopio Aguilera que es hombre corto de vista y tiene tanto de artista como yo de cosetera, con su nariz prominente ayer fué á la Exposición y dió allí la desazón á todo bicho viviente, pues como, aunque se esforzase por mirar, no se enteraba, á todos les molestaba con preguntas de esta clase: —¿Es eso una coliflor?
—No, que es la cara de un rey.
—Y eso de encima ¿es un buey?
—¡Qué buey, si es un tenedor!
—Y aquel cuadro de la esquina ¿no es un plantel de tomates?
—No diga usted disparates.
—¿Pues qué es?
—Una estudiantina.

Y ante los lienzos, Procopio cesó de andar preguntando; mas de ellos se fué enterando tan de cerca por sí propio que le dijo un celador: —Caballero, hágase atrás. Apártese un poco más de los cuadros, por favor; pues como Dios le ha dotado de nariz en abundancia y hay la grave circunstancia de que está usted constipado, roza usted con la nariz los lienzos y, la verdad, es una barbaridad que lleven tanto barniz.

Juan Pérez Zúñiga.

★

CHISMES Y CUENTOS

Mal que bien, ya se ha arreglado, á Dios gracias, el conflicto producido por la bofetada ministerial, que ha sido la comidilla de la semana última.

Pero mis apreciables colegas, que han tratado la cuestión extensamente y bajo todos sus aspectos, administrativo, personal, político y hasta literario, se han olvidado del más importante: del legal.

Según parece (yo no estoy muy seguro), el duelo es un delito penado en el Código, la provocación al duelo se castiga con unos cuantos meses de destierro, y la autoridad tiene la obligación de intervenir en el lance, siempre que de éste tenga conocimiento.

Ya sabemos que se suele hacer la vista gorda, pero la ley es ley, y una cosa es que se finja desconocerla y otra cosa que se falte á ella, á sabiendas y descaradamente, por los altos poderes del Estado.

En el caso de autos, ó que ha debido ser de autos, han intervenido como padrinos varios apreciables senadores de los que hacen las leyes, por lo visto para no cumplirlas, y no á la chita callando, sino con anuencia del Gobierno, que recibía noticias de la marcha de las negociaciones, para supeditar á ellas su conducta, nada menos.

La vida política de la Nación se paralizó con ese motivo, los Cuerpos Colegiados suspendieron y después alteraron sus tareas, y no se les ocurrió la única solución posible: hacer de prisa y corriendo una nueva ley derogando la antigua y aceptando sus consecuencias.

Estas son habas contadas.

—

Como el insigne estadista Sr. Cánovas tiene suerte en todo, el incidente de la bofetada quitó importancia al de la aprobación del reconocimiento de beligerancia en el Senado norteamericano.

Y plancha más grande de nuestra diplomacia no se registrará otra en muchos siglos.

Hemos tolerado una porción de imposiciones y chinchorrerías, nos hemos humillado hasta la bajera para conservar, según decían los gobernantes, la buena amistad con los Estados Unidos, y resulta que éstos van á lo que van sin parar mientes en nuestra dulzura de carácter, y dispuestos á pegarnos el puntapié definitivo, salva sea la parte, el día menos pensado. ¡Ay, D. Antonio! Si la tropa hubiera fusilado en el acto al primer

yankees que contribuyó á un alijo de armas, y el Sr. Ministro de Estado se habrían negado rotundamente á dar explicaciones, ¡otro gallo nos cantarán á estas fechas!

No lo recordarán ustedes, porque aquí, poquito á poco, vamos perdiendo todos la memoria; pero yo tengo vagas reminiscencias de haber leído en cierta ocasión que el presidente del Consejo, en un arranque de altivez española que tan bien le sienta, dijo solemnemente:

«El Gobierno consideraría la declaración de beligerancia como *casus belli*. Y no hay más que hablar.»

Si hay que hablar, porque ahora, en vista de que la tal declaración se nos viene encima, ha dicho con no menor solemnidad el susodicho señor presidente:

«La declaración de beligerancia, tal como ahora la han votado los senadores yankees, trae aparejado el mantenimiento de la más estricta neutralidad de parte de la república norteamericana. Esto nos permite que podamos hacer uso de derechos que hasta ahora no podíamos ejercitar, tales como el derecho de visita á las naves y el impedir que los rebeldes se sirvan de municiones y armamentos en los Estados Unidos.»

Más claro, agua.

De modo que hemos sido tontos de capirote hasta la fecha. Porque lo que hemos debido pedir por Dios á todas las naciones es que reconocieran la beligerancia á los insurrectos.

Y así, no pudiendo surtirse de armas y municiones en ninguna parte y teniendo nosotros el derecho de visita, la guerra hubiera durado, á todo tirar, un par de semanas.

Pero ¡caramba! la culpa la tiene el Gobierno, que se indignaba y protestaba de lo que nos era tan beneficioso.

¿Vamos á poner un ejemplo?

Bueno, pues supongamos que al imperio alemán se le subleva una provincia.

¿Ustedes creen que al señor de Mar Kinley se le ocurriría enviar al teatro de la guerra una comisión informadora y anunciar una intervención amistosa para evitar la efusión de sangre?

¿Creen ustedes que, si se le ocurriera, lo aguantaría el emperador Guillermo, á pesar de sus dramas, sus músicas y sus cuadros?

Pónganse las manos sobre los corazones y contesten.

Y díganme luego si todas esas intrusiones, bochornosas para nosotros, no son tan *casus belli* como la declaración de la beligerancia.

Porque lo que les daría vergüenza á los alemanes también debe dársela á los españoles. Á no ser que la altivez y la hidalguía legendarias sean creaciones de la acalorada fantasía...

Hablando de todo un poco,
¡qué infeliz es el Diadoco!
Saló á campaña con saña,
y ha pasado la campaña
gritando:—¡Que viene el coco!

Coincidiendo con la entrada triunfal de Polavieja en Madrid, han empezado á correr por las columnas de los periódicos noticias misteriosas referentes á los generales Blanco y Martínez Campos, pacificadores de Filipinas y Cuba respectivamente.

Que si salen, que si van, que si se encuentran, que si viajan de incógnito, que si no se sabe dónde paran...

Claro está que ellos no tienen la culpa, pero los amigos oficiosos que se empeñan en darles notoriedad les están haciendo un flaco servicio.

Porque la masa *neutral* no quiere que los generales á quienes paga llamen la atención de otra manera que destrozando enemigos.

Ya saben ustedes que las Cortes se componen ahora exclusivamente de mayoría. Y las sesiones van como una seda.

Ante los graves problemas que tienen que resolver, ¿á que no saben ustedes en qué se invirtió una sesión en una de las Cámaras?

¡En hablar del eclipse total de sol que se verificará en 1900!

¡Lo cual acusa un estoicismo casi heroico!

Verdad es que, además, y para que no se diga que pierden el tiempo, van aprobando en unos cuantos días todos los proyectos de ley más importantes, que se reducen á declarar que el Gobierno puede hacer en lo sucesivo lo que le de la gana y que todo lo que ha hecho hasta ahora no lo hubieran hecho mejor los mismísimos ángeles.

Y entre col y col, milagro será que no se apruebe también la reforma del Código militar que *tiende* á impedir que los periodistas atenten al prestigio del ejército.

¡Ah! ¡Los picaros periodistas, que son los que tienen la culpa de que no se acaben las guerras y de que no se repartan más grados, más encomiendas y más cruces!

¡Duro con ellos! Y no se les permita otro desahogo que el de llamar acémilas á los autores dramáticos.

¿Van ustedes cómo fue muy conveniente el sobresueldo en la causa de los concejales?

Ya han entrado los nuevos y han inaugurado sus tareas aumentando el presupuesto del ensauche.

¡Pero cuidado no pensar mal, porque los tribunales acuerdan luego que son inocentes como unas tórtolas.

—¿Llegas plan?—en el pasen pregunté á Pepe Coimbra.

—No—dijo,—voy al azar.
Y... se metió en una timba.

Debes querer á tu novio más de lo justo, morena, que te han visto darle aceite al cerrojo de tu puerta.

Leíste tu obra á unos cuantos, y sé que van á pedir que te pongan en la cédula.
«No sabe leer... ni escribir».

A. ALCAIDE ALEXANDRE.

Libros:

Bohemia, colección de cuentos de D. J. Martínez Ruiz. De este escritor se ocupó extensamente *Clarín* con motivo de la publicación de su libro *Charivari*, que tan gran alboroto produjo. Dejando aparte aquello, se ve en este libro un autor vigoroso, genial, originalísimo. Los cuentos titulados *El amigo* y *El maestro* especialmente son de los que acreditan una firma. Léanse y se me dará la razón.

Los crímenes del carlismo, folletos 1.º y 2.º en que se relatan con vivos colores escenas horrosas de la última guerra civil.

Calderilla literaria, versos humorísticos del distinguido poeta catalán D. Salvador Bonavia. Precio: 25 céntimos.

Agri dulce, novela corta de D. Juan Huertas Hervás. Interés en la narración, amenidad en el estilo y profundo conocimiento del corazón humano campean en esta novelita del Sr. Hervás, que recomendamos á nuestros lectores. Precio: 2 pesetas.

Corcha del diablo, reunión de artículos estrafalarios por D. Jerónimo Forteza. En ella hace el autor diferentes estudios de costumbres con rara donosura y no escaso gracejo. Cuesta el tomo 2 pesetas.

Biarritz y sus cercanías, interesantes descripciones del notable literato D. Pascual Millán, de gran utilidad para los que veranean, sin saber dónde veranean precisamente. Precio: 4 pesetas.

Aventuras de un practicante de farmacia, episodios de la vida real, por D. Gregorio Bárcena. Se ha publicado el cuaderno primero de esta obra, que constará de ocho ó nueve. Precio de cada uno: 25 céntimos.

Amigos y maestros, contribución al estudio del espíritu humano á fines del siglo XIX, por D. Pompeyo Gener. Libro curioso en que el autor hace gala de su estilo original é independiente. No puedo menos de protestar contra su aseveración de que Bartrina permaneció desconocido por no haber vivido en Madrid, *dónde hay una camarilla que forja las reputaciones*, porque si hay tal camarilla, ni importa que los autores buenos no vivan en Madrid, ni Bartrina deja de tener la fama que merece, ni... porque Pereda viva en Santander *yace* olvidado del resto de los españoles. Bueno sería que D. Pompeyo, que tantas ideas buenas tiene, desechara esos dejos de catalanismo, que le perjudican más que otra cosa.

Camafeos, colección de lindísimas poesías de Salvador Rueta, vigorosas, brillantes y correctas como todas las suyas. Precio: 3 pesetas.

Lucha extraña, novela de D. Luis López-Ballesteros, justamente elogiada por toda la prensa, y en la cual nuestro compañero hace gala de sus envidiables dotes de narrador y de su dominio de tan difícil género. Precio: 3 pesetas.

Colección de poesía compuestas por D. José Lasheras, á la edad de doce á catorce años, que revela excelentes disposiciones, que darán fruto si con el estudio se cultivan.

Mexolana, artículos y poesías serios y humorísticos de D. Narciso Magdalena García. Precio: 1,50 pesetas.

La Corrida, por *Canta Claro*, novela de sensación sobre la guerra de Cuba. El autor ofrece en la cubierta 1,000 pesetas al que descubra la realidad que la simboliza. Precio: 1,50 pesetas.

Académicos en cuadrilla, libro verdaderamente notable, publicado por *El Bachiller Francisco de Estepa*, hombre de gran ingenio, de vasta cultura, que maneja la crítica literaria con el salero de Dios y que tiene un estilo castizo que enamora y encanta. Léanlo ustedes; se lo recomiendo de veras. Precio: 1,50 pesetas.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Gomara.—Santo y bueno es admirar á los obispos que hacen la visita pastoral, pero hacer sonetos, dedicárselos y publicarlos en el *MADRID COMICO*... francamente, sería faltar.

Sr. D. E. G.—El género está pasado de moda. ¡Ay! las quejas contra las ingratas no interesan ni á las ingratas mismas siquiera.

Sr. D. S. S. S.—Ese es, con ligeras variantes, el asunto de la novela *Certucheria*. Y como usted comprende... ya no tiene novedad ninguna.

Jarillo.—Tiene gracia la pulla final, pero la composición es muy endoble y el asunto de los que no interesan.

Sr. D. C. D.—Ambos sonetos tienen la misma contra: que se reducen á unos cuantos piropos vulgares.

Sr. D. F. L.—No están mal versificadas las *memorias*, pero lo que en ellas se dice es muy poquita cosa.

Sr. D. S. A.—¿Querrá usted creer que no se entiende lo que ha querido usted decir con eso?

Sr. D. F. M.—Copiaré el principio:

«Tomando el fresco estaba
sentada en el balcón
cada vez que miraba
me quedaba sin razon.
Con sus dadas señorita
á rasgado mi corazón
y con trabajo palpita
por no tener contestación.»

Pues ahora, después de pedírsela en verso, no se la va á dar á usted tampoco.

¿Sirve?—Me parece muy largo el monólogo para no decir casi nada. En una comedia puede que hiciera efecto, porque al público del teatro le revienta la miga.

Sr. D. A. R.—Acabo de llegar y no he visto el artículo. Desde luego le agradezco infinito la atención, y acepto con mucho gusto la dedicación.

El diablo verde.—Puede aprovecharse la última. Cuando envíe más inclúyala de nuevo.

Butiva.—Supongo que estará usted peleando por la patria, y á los que pelean por la patria hay que perdonárselo todo; ¡hasta que hagan versitos como los de la muestra!

Pocapena.—El Evangelio no dice que se debe medir bien cuando se versifica; pero... hágase usted cuenta que lo ha leído en el de San Lucas, capítulo IV, versículo 26.

Sr. D. J. J. F.—El asunto no vale la pena, es demasiado baladí. Ade-

más perjudica al romancillo el cambio de asonante cuando nadie puede sospecharlo siquiera.

Sr. D. R. S.—Ello se reduce á un juego de ingenio de la clase de logogifos. Y no crea usted que lo iba á entender todo el mundo á las primeras de cambio. Porque como se pierde el sentido...

Antoy.—Bueno, pero ¿qué falta? Porque para hacer observaciones hay que concretar. Digo, me parece.

Sr. D. J. M. U.—Una elegía, como usted comprende, no es lo más apropiado para un periódico festivo. Aprovecho la ocasión para advertirle que aquello de *con amor prolijo* es lo que llamamos ripio de primera clase.

Sr. D. F. A.—Es larguísima. Ocuparía una columna, y ¿dónde vamos por ella?

Aficiones.—Vaya, vamos á publicar el epigrama, á ver si hay algún cristiano que le vea la punta:

«Porque gana un duro al día
se da importancia Aramburo.
Si ganase solo medio
aun sería algo más duro.»

¡Nada, que no lo entiendo! Y es que cuando uno se pone torpe...

Frenillo.—No recuerdo haberla recibido antes. Es flojita, dicho sea aquí, en confianza.

Sr. D. C. L.—Pues lo ha conseguido usted en seguida, porque la mayor parte de esos cantares tienen enjundia. Mándelos de nuevo firmados.

Sr. D. J. M. Z.—Yo complacería á usted con mucho gusto; pero si con lo que ahora hago no me queda un minuto libre, ¿cómo podría dar razón doble? Fíjese en que, además de viajar, hacer fotografías, revelar, ajustar, etc., etc., tengo que escribir todas las semanas muchas cuartillas, tantas que... ¡ni me queda tiempo para leerlas!

PEDID
CONSERVAS DE CARNES, AVES, PESCADOS
DE MAR Y RÍO
Y MARISCOS
Marca LA NOYESA
Galicia, Bordadores, 2.—La Holandesa, carrera
de San Jerónimo, 7 y 9.—La Francia, León, 23, y
principales ultramarinos.

TENEMOS A LA VISTA
con precios marcados
53 modelos de plumeros, desde 15 cts. á 20 ptas.
231 modelos de cepillos, desde 15 cts. á 10 ptas.
GRASES, Fuencarral, 8.
PERSIANAS DE CORTINA
Clase superior y precio ventajoso.
GRASES, Fuencarral, 8.
Mecedoras, Sofás, Sillas y Sillones
DE MADERA CURVADA
PRECIOS SIN COMPETENCIA
GRASES, Fuencarral, 8.

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS

WARSA  REGISTRADA

JIMÉNEZ Y LAMOTHE
Málaga.—Manzanares.

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPañÍA COLONIAL
TAPIOCA—TÉS
50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
DEPÓSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

MADRID CÓMICO
PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO
Precios de suscripción.
MADRID.—Trimestre: 2,50 pesetas; semestre: 4,50; año: 8.
PROVINCIAS.—Semestre: 4,50 pesetas, año: 8.
EXTRANJERO Y ULTRAMAR.—Año: 15 pesetas.
En Provincias no se admiten por menos de seis meses y en el Extranjero y Ultramar por menos de un año.
Empiezan en 1.º de cada mes y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.
Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles y certificando en este último caso la carta.
Precios de venta.
Un ejemplar, con el suplemento correspondiente, 15 céntimos.
a corresponsales y vendedores, 10 céntimos cada ejemplar.
Un suplemento, 10 céntimos.
a los corresponsales, 6 céntimos.
Los ejemplares de números atrasados se servirán sin aumento alguno de precio.
A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el envío del paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.
Toda la correspondencia al Administrador.
Redacción y Administración: Peninsular, 4, primero derecha.
Teléfono núm. 2.150.
Despacho: Todos los días de 10 á 2 y de 4 á 6.
Representante exclusivo en la República Argentina: D. Luis Cambrey, calle Ribadavia, 512, Buenos Aires.
MADRID.—Imprenta de las Ritas de M. G. Hernández, Libertad, 26 desp.º